

ANINA YATAY SALAZ

Sergio López Suárez
ilustrada por Alfredo Godoygut



Anina Yatay Salas

-

Sergio López Suárez

criatura EDITORA

Anina Yatay Salas
Sergio López Suárez

Criatura editora, primera edición, Montevideo, 2013.
104 páginas: 13,5 x 21 cm.

ISBN 978-9974-8419-5-6

Narrativa infantil

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Sergio López Suárez, 2013, del texto.
© Alfredo Soderguit, 2013, de las ilustraciones.

© Verbum - libros SRL, 2013.
Bacacay 1318 bis, Montevideo

www.criaturaeditora.com.uy
criatura@criaturaeditora.com.uy

Ilustraciones: Alfredo Soderguit
Ilustración de cubierta: Composición con imágenes de la película Anina realizadas por Alfredo Soderguit y Sebastián Santana
Diseño: Juan Odriozola
Corrección: María Lila Ltaif

Alfaguara, 2003.

Impreso y encuadernado en
Mastergraf SRL
Gral. Pagola 1823 - CP 11800 - Tel.: 2203 4760*
Montevideo - Uruguay
mastergraf@netgate.com.uy

Depósito Legal . . . - Comisión del Papel
Edición Amparada al Decreto 218/96

*Para Amalita, Nelda, Hilda y Nanina, maestras
de la Escuela n.º 3 de Salto, por la devoción
brindada al educar(nos).*

S.L.S.

*Para Aída Rodríguez, amiga cuyo nombre se fugó
de la dedicatoria de otro libro.*

S.L.S.

*Para Amelia que es casi casi un anagrama
de Mariale.*

A.S.

*Para Sergio y todos los amigos que comparten
esta maravillosa aventura de ida y vuelta.*

A.S.

AninA



Me llamo Anina Yatay Salas, tengo diez años y estoy metida en un lío de novela.

En mi escuela todos me dicen «capicúa», debido a que mi nombre se lee de ida y vuelta. Algunos compañeros pronuncian «capicúa» con un tonito burlón, porque un día yo caí en la estupidez de decirles de dónde proviene esa palabra. (Papá me contó que la palabra *capicúa* procede del catalán *cap*, ‘cabeza’, y *cua*, ‘cola’.) No pude pasarme de lista con ellos: cuando intentaba sobrarlos con mi sabiduría, Pablo, rápido como la luz, miró mi cabeza y mi cola, que son un poco grandes, y exclamó:

—Por lo que veo, vos también sos una niña capicúa.

Yo sentí una vergüenza y una bronca bárbaras, porque me di cuenta de que ahí, en ese momento, ese tarado me estaba bautizando nuevamente. ¡Peor aún!: estaba transformando mi cuerpo en capicúa.

Papá me ha repetido mil veces que no debo tener vergüenza de mi cuerpo, ni de llamarme Anina Yatay Salas. Él reconoce que soy bajita, aunque asegura también que mi cuerpo está bien proporcionado. Además, disfruta diciendo que tres sustantivos capicúas me aseguran en la vida triple suerte.

Algo de razón debe de tener, pues muchos compañeros de la escuela creen que soy una niña di-

ferente; están convencidos de que nombres de ida y vuelta, como el mío, otorgan poderes mágicos a sus dueños. Espero que mi nombre tenga mucho poder mágico, de lo contrario no sé cómo podré salir del terrible lío en el que me metí. Dejaré, pues, que la suerte de mi nombre capicúa me proteja.

Papá y mamá son expertos en este tema. También ellos, cuando eran niños, tuvieron que convivir con esta marca de va-y-viene registrada en sus apellidos: Yatay y Salas.

Mamá me contó que sus padres —o sea, mis abuelos maternos—, hace muchos años, habían escrito una lista de nombres horribles; copiaron esa larga lista para demostrar que existían nombres más espantosos que su apellido capicúa, y cuando mamá me leyó esos nombres comprobé que eran horribles de verdad. Si llego a encontrar esa lista, se la muestro. Y si no, voy a buscarla ahora es porque necesito contar el problema que tuve hoy en la escuela, el problema que, con seguridad, arruinará mi vida para siempre.

Recreo



La culpa, como siempre, la tuvo el recreo.

El recreo en mi escuela es un ser gigantesco que se hace el dormido hasta que suena el timbre. El timbre que despierta al recreo es una especie de alarma de seguridad que hace hervir la sangre. Hierve la sangre del recreo y nos hierve la sangre a nosotros, los niños, quienes soñamos con abandonar la cárcel de los bancos escolares. Al sonar el timbre, se despiertan nuestras ganas de salir desesperados del salón, para llegar corriendo al enorme patio que nos espera, con sus baldosas rotas, temblando de alegría.

Imagínense: ayer a la hora del recreo yo estaba sentada tranquilamente bajo el árbol más grande que tiene nuestro patio y entonces pasaron dos guarangas de quinto B, unas gurias que durante los recreos siempre andan abrazadas como si fueran siamesas.

La primera vez que pasaron cerca de mí y cantaron a coro, como un dúo de taradas: «capicúa, tres veces capicúa», me hice la sorda. La segunda vez, cuando me rozaron al pasar y volvieron a repetir su estúpida canción desentonada, las miré con mucho desprecio, guardé mi bronca y no les dije nada.

Ellas caminaban sacudiéndose cual dos hipopótamas blancas; las vi alejarse un poco y, luego de cuchichearse algo, regresaron presurosas hacia mí.

Esta vez sí, tomé la iniciativa y no las dejé cantar. Me paré de pronto, las enfrenté, les di un empujón, me crucé de brazos y les pregunté desafiante:

—¿A quién le cantan esa estupidez?

Nunca imaginé que las siamesas estuvieran esperando mi reacción. Antes de que yo terminara mi pregunta, ellas desataron la trenza de brazos que las mantenía unidas, se separaron un poco, para que yo viera que no eran siamesas, y me encerraron entre las tablas desplanchadas de sus túnicas.

Si de lejos parecían hipopótamas, de cerca, enfrentadas a mí, se convirtieron en dos enormes elefantas... con trompa y todo, porque de pronto sentí una trompada en el medio del pecho que me hizo caer de espaldas sobre el damero, blanco y negro, de las baldosas rotas.

Blanco y negro también se volvió mi mundo interior, pues primero me invadió una luz brillante que me hizo arder las mejillas, y enseguida me cegó una oscuridad teñida de furia, la antipática furia que suele dominarme cuando me descuido. Instintivamente salté hacia las dos siamesas y nos trenzamos bufando como tres bestias.

Mientras tironeaba con furia no tuve plena conciencia de mi delicada situación. Me pareció que podría con las dos y hasta llegué a pensar que

las estaba venciendo. Pero la verdad era que me estaban dando una salsa de novela.

Era como luchar contra un pulpo blanco: ni bien lograba zafar de un tentáculo que me sujetaba firmemente, surgía una mano que me llenaba de cachetazos la cara y la cabeza. Nos revolcábamos las tres, alentadas por los gritos desaforados proferidos por un montón de gurises que nos habían encerrado dentro de un cerco movedizo hecho de piernas, túnicas y moñas azules.

Yo no distinguía a cuál de nosotras alentaban los morbosos que nos cercaban, pero su creciente gritería avivó a las dos maestras que cuidaban el recreo en ese sector del patio. Una de las cuidadoras era precisamente Cecilia, la maestra del quinto B, la docente de las dos endemoniadas que me estaban haciendo pelota.

Cecilia llegó corriendo, abrió el corral de cerdos blancos que nos encerraba y tardó apenas un segundo en darse cuenta de que dos de las tres luchadoras eran alumnas de su clase.

Pensé que dada la desventaja física y numérica a la que me encontraba enfrentada, la maestra optaría —como dice mi papá— por defender a la más débil (léase yo). Pero no: Cecilia no optó por mí; más bien se ensañó conmigo haciéndome la única responsable de la escandalosa trifulca.

—PERO ¿QUÉ HACÉS, ANINA YATAY SALAS? —gritó muy alterada la maestra—. ¿OTRA VEZ HACIENDO DE LAS TUYAS?

Lo único que me favoreció fue que Cecilia aferró uno de mis brazos y de un tirón atenazado me sacó de abajo de las dos elefantas, que de nuevo me estaban aplastando.

Su intervención produjo un movimiento desordenado que silenció al grupo que nos rodeaba. Yo aproveché ese instante de desconcierto para observar a las trompudas siamesas, quienes volvieron a transformarse en hipopótamas para luego, poco a poco, retornar a su aburrida forma de alumnas zapallas de quinto B. Por mi parte, también yo abandoné mi papel de fiera endemoniada, porque me invadió un frío repentino.

Al principio pensé que aquel fresquete provenía de la sombra del corpulento árbol al que mi amiga Florencia y yo llamamos «árbol de los cuentos», pero pronto descubrí que el frío provenía de un lugar muy diferente. El aire helado nacía en los ojos celestes de la otra maestra vigilante, quien se acercaba pisando muy fuerte. Caminaba como hipnotizada, mirándome a los ojos con penetrante fijeza: era la legendaria maestra Águeda, la siniestra, el terror de nuestra escuela. Sentí que su mirada fría me taladraba el alma como lo había hecho en otra oportunidad, cuando yo

cursaba primero, el mismo año en que descubrí la rareza de mi nombre, el mismo año en que me enamoré de Yonathan.

Mientras recordaba la sorpresa que se había llevado Yonathan cuando mi amiga Florencia le preguntó si él sabía que yo lo amaba locamente, noté que mis pies ya no tocaban el suelo.

Primero creí que comenzaba a volar por efecto del recuerdo de mi primer amor. Pero enseguida mis pies volvieron a la tierra cuando comprobé que era la maestra Águeda quien me llevaba colgando derrotada como una miserable bolsa de papas.

Mi destino futuro fue evidente, porque Águeda lo vociferó fuertísimo para que todos los niños que estaban en el patio se enteraran:

—¡A LA DIRECCIÓN, ANINA, TE LLEVO DERECHO A LA DIRECCIÓN!

Ni bien oí su anuncio dejé de patalear. Y si me quedé quietita no fue porque le tuviera miedo, ¡qué va!, me mantuve inmóvil por una razón mucho más importante: me comporté educadamente porque una jovencita buena, hermosa e inteligente como yo no va a andar haciendo papelones en la escuela, ¿no?

Querida cuadernola:

¡Encontré la lista! La copiaré aquí sobre tus renglones. Antes escribía todo lo mío en una libreta tipo diario personal que me había regalado la tía Marta, la cuñada de papá; pero me duró muy poco porque la perdí un día que la llevé a la escuela para mostrársela a Florencia.

¡Qué horrible me sentí cuando aquella noche me di cuenta de que ya no estaba en mi mochila! ¡Pensar que alguien, en algún lugar, tiene esa libreta con mi diario personal! Quien lo tenga, ¿se habrá dado cuenta de que es un secuestrador de mi intimidad? ¡Qué se va a dar cuenta! Debe de ser un chusma bárbaro.

¿Qué hago con esta lista de nombres que la abuela le dio a mamá y que ahora ella me dio a mí? ¿Le diré a mamá lo que descubrí mirando un libro sobre plantas?

Lista de nombres que la abuela le regaló a mamá

Femeninos

Ajuga
Alisma
Aquilegia
Brunsvigia
Colúmelia
Corimba
Cótula
Egeria
Gluma
Helodea
Ixia
Lígula
Malcomia
Nemesia
Prunella

Masculinos

Arundo
Clodonio
Criptófito
Caméfito
Filodendro
Flogisto
Helianto
Indusio
Mucrón
Nelumbo
Perianto
Pubérulo
Replo
Senecio
Tépalo

¡Qué sinvergüenza fue la abuela! Los nombres no corresponden a personas: son nombres del mundo de las plantas, clasificadas por un científico llamado Linneo.

Una pelea a la hora del recreo meterá a Anina Yatay Salas en un lío de novela. Amparada en la magia de su nombre capicúa, Anina le hará frente al castigo misterioso que se esconde en un sobre negro.

Un pasaje de ida y vuelta al extraordinario mundo interior de la niña de diez años creada por Sergio López Suárez.



Con las ilustraciones originales de Alfredo Soderguit, que inspiraron la realización de la exitosa película de animación *Anina*.

Encontrá dentro del libro un modelo para armar del ómnibus en el que Anina va a la escuela. Y para colgar en tu cuarto, un póster con todos los personajes del mundo de la pelirroja niña capicúa.

criatura EDITORA

ISBN: 978-9974-8419-5-6

